



XVI
Congreso Nacional de
Investigación Educativa
CNIE-2021

El papel de la experiencia en los procesos de formación

Oscar Rafael García Martínez

Comisión Nacional para la Mejora Continua de la Educación MEJOREDU
oscarrafael.04@gmail.com

Área temática 08. Procesos de formación.

Línea temática: Tratamientos conceptuales sobre la formación del hombre, del sujeto, del individuo, de la persona desde diversas disciplinas y teorías y tendencias de la formación, actualización, capacitación.

Tipo de ponencia: Aportaciones teóricas.



Resumen

En reconocimiento de las tensiones, problemas y desafíos de la situación de emergencia que se vive actualmente, la experiencia merece ser reconocida como un elemento imprescindible en los procesos de formación. Escribir de la experiencia implica un compromiso con el otro y su mundo; “escribir no sobre el mundo, sino en el mundo, como una forma de estar en el mundo. Escribir no sobre la educación, sino en la educación, no sobre la experiencia, sino desde la experiencia, en la experiencia” (Larrosa, 2009, p.199); escribir desde la experiencia de los procesos de formación implica una interpretación que se funda en un entendimiento y reconocimiento de los mundos otros de la formación con base en una forma particular de contar lo que somos. En articulación con lo anterior, en el marco XVI Congreso Nacional de Investigación Educativa, la intención de la presente ponencia es abordar tres dimensiones esenciales de la experiencia educativa y articularlas con los procesos de formación. El presente trabajo recupera algunas aportaciones teóricas de la tesis intitulada “Sentidos y saberes de los estudiantes de la Lic. en Pedagogía. Entre la transmisión y la experiencia”.

Palabras clave: *formación docente, formación profesional, experiencia educativa, experiencia profesional, experiencia pedagógica.*

Introducción

Hay momentos en que nuestras acciones -el ir de aquí para allá, el hacer esto o aquello se desenvuelven de modo tan fácil y libre que nos parece como si todo pudiera ser de otro modo. En otros momentos, en cambio, todo aparece como rígido e inmutable, como si nada fuera libre o fácil y hasta nuestra respiración parece determinada por poderes extraños y por un destino fatal. Las acciones llamadas "buenas" y de las cuales hablamos con placer, corresponden en general a ese tipo "fácil" y son las que olvidamos rápidamente. En cambio, los actos cuya evocación nos molesta, nunca llegamos a olvidarlos. En cierto sentido, son más nuestros que los otros y llegan a proyectar sombras que se prolongan sobre todos los días de nuestra vida. (Hesse, 2009)

En el contexto de pandemia todo aparece como rígido e inmutable, como si no pudiese ser de otro modo; sin embargo, seguramente en este contexto emergieron experiencias que valdría la pena capitalizarlas en los procesos de formación. La experiencia es entendida como "una marca en la subjetividad resultado de algo del orden del acontecimiento que produce modificaciones en la identidad del sujeto" (Saur, 2016, p.25). La experiencia se concretiza en lo que nos-pasa, lo que genera una vibración en el sujeto y el devenir de una huella subjetiva; es decir, la experiencia implica una apropiación de las vivencias y el reconocimiento de las tensiones, resistencias y conflictos presentes en el mundo de la vida, son un horizonte para la construcción de sentido; en relación con lo anterior, es necesario pensar la formación desde la experiencia lo que supone:

Pensar tres dimensiones esenciales de la experiencia educativa. Un acontecimiento, que por su propia naturaleza es una irrupción de lo imprevisto y extraordinario es, por un lado, lo que da a pensar; no aquello acerca o sobre lo cual pensamos, sino lo que nos da la oportunidad, y hasta nos exige, pensar lo acontecido con un pensamiento nuevo, con nuevas categorías y con un nuevo lenguaje. En segundo lugar, todo acontecimiento es lo que nos permite hacer una experiencia. Un acontecimiento no es aquello sobre lo cual experimentamos, sino justo eso otro que hace experiencia en nosotros, porque es algo que nos pasa y no nos deja igual que antes. Por último, un acontecimiento es lo que rompe la continuidad del tiempo de la historia y del tiempo personal de lo vivido. (Bárcena, 2002, p.504)

Abordar la experiencia de la formación con base en estas tres dimensiones implica, hablar del sujeto de la experiencia, un sujeto que existe en relación con su mundo, que transita en tiempos y espacios formativos que dejan marcas, cicatrices, heridas, que imprimen huellas que forman, de-forman o trans-forman el propio entendimiento de sí-mismo y su mundo; las implicaciones van más allá de enfrentar el mundo inmediato, en este punto, es necesario "estar dispuesto a perder pie y a dejarse tumbar y arrastrar por lo que le sale al encuentro: el sujeto de la experiencia está dispuesto a transformarse en una dirección desconocida" (Larrosa, 2009, p.25).

El entendimiento de sí mismo supone tipos de relaciones con el mundo, de ahí que en la experiencia hay una relación con algo que no soy yo, pero tienen lugar en mí; pero, además, algo de mí pasa a lo otro y ese otro impacta en mí; es decir, la experiencia requiere de la transformación del sujeto; este punto se articula con la primera dimensión, el acontecimiento, “solo hay acontecimiento educativo si éste tiene carácter performativo” (Saur, 2016, p.29). En suma, la intención de la presente ponencia es dilucidar el papel de la experiencia, con base en las tres dimensiones planteadas y en articulación con los procesos de formación.

Experiencia y acontecimiento

En el acontecimiento hay un grado de opacidad, no todo es claro, existen aspectos inefables al lenguaje escrito, por lo anterior, es necesario partir de la siguiente consideración “con frecuencia, las palabras no están a la altura de la herida que designan. [...] No es posible confiar al lenguaje la tarea de la comprensión definitiva de lo acontecido, cuando la experiencia -aquello que nos pasa- se refiere a una situación límite, la cual es refractaria al orden del lenguaje” (Bárcena, 2010, p.34). En el acontecimiento se muestra lo claro y lo oscuro, lo esperado y lo inesperado, lo otro y lo propio en una realidad que ofrece un dictado del mundo, “el acontecimiento es una actualización de la subjetividad” (Saur, 2016, p.30). Dicha actualización se relaciona con una forma de ser-en-el-mundo.

Lo propio del acontecimiento se relaciona con la natalidad como correspondencia de la acción e inicio de eventos, palabras, silencios que se imprimen en la existencia. El acontecimiento, a partir de una mutua relación con la realidad, permite el reconocimiento del sentido y su principal condición es facilitar una fisura que devenga en huella subjetiva. “Los acontecimientos a su vez son especies de relaciones, son relaciones con la existencia, con el tiempo” (Deleuze, 1989, p.22). En el acontecimiento existe la posibilidad de apropiarse de lo que irrumpe e interrumpe la realidad más o menos construida; en este sentido, el acontecimiento moviliza la subjetividad y abre la posibilidad de comprender-se.

Al recordar el acontecimiento el pasado cobra sentido para sí-mismo, es decir; se presenta como una oportunidad de situar-se en reconocimiento de las fronteras de lo que uno es. El acontecimiento no puede ser caracterizado como un conjunto de hechos; sino como, “múltiples series, sucesiones, encadenamientos, engendramientos y tensiones, en disipación o persistentes, se enlazan y se distinguen por su fuerza diferencial en cada forma del acontecer” (Mier, 2010, p.14). Las formas de acontecer tienen lugar en espacios otros que rompen con la continuidad del tiempo, nos llevan a ver en las situaciones una serie de laberintos que ofrecen cuestionamientos de lo que fue, entendimientos de lo que uno es y posibilidades de ser en el devenir; es decir, “la experiencia de lo presente articula en un vértice estas modalidades -pasadas y futuras- del sentido del tiempo, empuja al sujeto a una inscripción pasional en el mundo, la exigencia incesante de una respuesta a las formaciones enigmáticas del acontecer” (Mier, 2010, p.19).

Tomamos aquí, por tanto, la expresión «acontecimiento» en su sentido de asistir a una experiencia, esto es, de «hacer» una experiencia como algo que nos ocurre, que se apodera de nosotros, que nos tumba y nos transforma. El acontecimiento es lo «grave», lo que tiene una cierta gravedad, aquello que da qué pensar y rompe la continuidad del tiempo: un antes y un después. (Bárcena, 2000, p.162)

“El acontecimiento, entonces, es el lugar de la desnuda experiencia” (Bárcena, 2002, p.503) y los lugares en los que emerge cobran nuevos sentidos para los sujetos, supone nuevos entendimientos de la realidad; en relación con lo anterior, los lugares de experiencia ofrecen modos otros de nombrar el mundo. El acontecimiento en la formación se sitúa en el centro del sujeto y su mundo, lo que supone un aprendizaje del padecer; es decir, en el acontecimiento se presenta lo nuevo, lo inédito, lo inesperado; inclusive se relaciona con la pérdida y la desestabilización del sujeto y su mundo. A partir de encuentros, des-encuentros, re-encuentros, o por situaciones emergentes que irrumpen con lo que ha venido siendo, los acontecimientos llevan a la desestabilización del sujeto.

En la formación se abren puertas hacia el encuentro con lo diferente, lo inestable, lo ajeno que habilita un entendimiento compartido y personal, donde los encuentros posibilitan experiencias que constituyen al sujeto y su mundo, comprendiendo que “los efectos del encuentro son siempre imprevisibles” (Saur, 2016, p.29); por otro lado, en el acontecimiento hay encuentros que orientan posibilidades de ser en el devenir.

En el encuentro existen distintos tiempos «pasado, presente y devenir» que se fusionan en un entendimiento de sí mismo y el mundo; la tesitura de los encuentros ofrece elementos para comprender que somos-seres-en-el-mundo, donde “no hay experiencia, por tanto, sin la aparición de un alguien, o de un algo, o de un eso, de un acontecimiento en definitiva, que es exterior a mí, extranjero a mí, extraño a mí, que está fuera de mí mismo, que no pertenece a mi lugar, que no está en el lugar que yo le doy, que está fuera de lugar” (Larrosa, 2009,15). El encuentro ofrece elementos para un entendimiento personal a partir del otro, un otro que no soy yo pero que forma parte de mí; es decir, en el encuentro existe, sin generalizar, una mutua donación que deviene en la configuración de nuevas tramas subjetivas; en este sentido, es evidente un tipo de relación orientada al reconocimiento de sí mismo a partir del otro, donde “la relación pedagógica, como encuentro con lo desconocido, comienza, justamente, con el gesto de mirar el rostro del otro, por mirarse a los ojos, dar lugar a lo humano, antes de desplegar cualquier discurso, método, didáctica o evaluación” (Castiblanco, 2017, p.6).

La experiencia tiene relación con la perspectiva desde la que el sujeto aprehende la realidad y la comprensión de sí mismo se logra en las formas de encuentro con el mundo. Los espacios y tiempos en los que transcurre el sujeto determinan una forma particular de ser. “El encuentro con el otro, como acontecimiento, como experiencia, como posibilidad de educación, brinda la posibilidad de generar un encuentro entre la singularidad propia y la ajena” (Castiblanco, 2017, p.8); los acontecimientos y encuentros dan cuenta de que la experiencia permite habitar de formas otras el mundo.

Hacer experiencia

Abordar la segunda dimensión de la experiencia se relaciona con la posibilidad de hacer una experiencia en nosotros; en este sentido, “la experiencia es «eso que me pasa». No lo que pasa, sino «eso que me pasa»” (Larrosa, 2009, p.14). Hacer experiencia a partir del reconocimiento de la relación del sujeto y su mundo parte, por lo menos, de dos derroteros; el primero, implica una experiencia en la que el sujeto es interpelado por el mundo, esta experiencia se da a partir del dictado del mundo, en otras palabras, acontece en el afuera e impacta en la singularidad del sujeto; el segundo camino, es la experiencia que se conquista, en donde el sujeto emprende un viaje, salir de la habitación para habitar el mundo; en otras palabras la “ex-per-ien-tia significa salir hacia afuera y pasar a través” (Larrosa, 2009, p.26).

El primer derrotero expuesto implica el reconocimiento de los lugares y tiempos formativos que configuraran una forma particular de ser, en donde el dictado del mundo se interioriza, se hace propio; a partir del entramado que supone la relación del sujeto y su mundo se ofrecen formas de intelección que permiten al sujeto el reconocimiento de sí mismo a partir del reconocimiento del mundo. En este orden de ideas, “hacer una experiencia con algo significa que algo nos acaece, nos alcanza, nos interpela” (Heidegger, 1987, p.141), para ser sujeto de experiencia es necesario dejarse afectar por el mundo e ir en contra de los parámetros autoimpuestos; es decir, implica una desapropiación de sí mismo a partir de la reapropiación del mundo. Dicha reapropiación del mundo configura formas otras de apropiación del sí mismo; hacer experiencia en nosotros supone llevar el dictado a una conversación con el mundo, una conversación que nazca de una auténtica forma de habitarlo; en este sentido para la experiencia “lo importante no es ni la posición (nuestra manera de ponernos), ni la o-posición (nuestra manera de oponernos), ni la im-posición (nuestra manera de imponernos), ni la pro-posición (nuestra manera de proponernos), sino la ex-posición, nuestra manera de ex-ponernos, con todo lo que eso tiene de vulnerabilidad y de riesgo” (Larrosa, 2009, p.37). El sujeto de la experiencia es capaz de embarcarse a un viaje de posibilidades donde el retorno implica lo diferente.

Por otro lado, el dictado del mundo no siempre posibilita hacer experiencia, “aquello que puede pasar desapercibido o constituir el orden de lo anecdótico para unos, para otros puede implicar una transformación que condicione una vida futura” (Saur, 2016, p.26); el dictado del mundo en algunos casos entorpece la posibilidad de entablar un diálogo, se retienen las palabras y lo propio de pronto aparece como desconocido, para luchar en contra de ello, “hay que correr el riesgo de perder lo que creemos conocer, y esto no es otra cosa que cruzar de la calle de las certezas, las definiciones y las categorizaciones hacia la calle de las incertidumbres” (Castiblanco, 2017, p.2).

“Lo que nos viene de fuera [...] nos proporciona lenguajes aptos para “empalabrar” la realidad, nos plantea interrogantes que nos incitan a que respondamos cuál es (va siendo) nuestro lugar en el mundo” (Duch, 2008, p.137); sin embargo, se requiere un cuestionamiento afanoso que lleve al sujeto a situar-se de otro modo.

El segundo camino expuesto para hacer experiencia implica una conquista de la misma, que emerja a partir de estar en situación, se salir al descubrimiento y exploración del mundo; conquistar la experiencia implica ir más allá de las fronteras preconstruídas, irrumpir en ellas para reconfigurarlas con base en una exposición de lo que uno es. La conquista de la experiencia implica estar mediado por ciertas decepciones, desencantos, pero también de aspectos inéditos que trascienden en el entendimiento de lo que uno es; es decir, “la experiencia supone entonces una salida de sí hacia otra cosa, un paso hacia otra cosa, [...] Pero, al mismo tiempo, la experiencia supone también que algo pasa desde el acontecimiento hacia mí, que algo viene hacia mí, que algo me viene o me ad/viene” (Larrosa, 2009, p.17).

Las acciones llamadas “buenas”, pero especialmente aquellas que llegan a proyectar sombras que se prolongan sobre todos los días de nuestra vida, como se presentó en el liminar, esas que son más nuestras porque nunca llegaremos a olvidarlas, dan cuenta de los intentos por conquistar la experiencia; en este sentido, “la experiencia que hacemos con el mundo y la experiencia que el mundo hace en nosotros nos proporciona un saber de experiencia, al mismo tiempo que se deja nombrar mediante las palabras y se hace por ello pensable” (Bárcena, 2002, p.503). En los procesos formativos hacer experiencia implica dar forma a la constitución del sujeto, configura su individualidad; es decir, orientan procesos de trans-formación, esto supone que la experiencia implica un movimiento de ida y vuelta.

Un movimiento de ida porque la experiencia supone un movimiento de exteriorización, de salida de mí mismo, de salida hacia fuera, un movimiento que va al encuentro con eso que pasa, al encuentro con el acontecimiento. Y un movimiento de vuelta porque la experiencia supone que el acontecimiento me afecta a mí, que tiene efectos en mí, en lo que yo soy, en lo que yo pienso, en lo que yo siento, en lo que yo sé, en lo que yo quiero, etcétera. [...] el resultado de la experiencia sea la formación o la transformación del sujeto de la experiencia. (Larrosa, 2009, pp.16-17)

Experiencia y transformación

La tercera y última dimensión para abordar la experiencia permite reconocer el rompimiento de la continuidad del tiempo de la historia y, sobre todo, del tiempo personal de lo vivido; en este sentido, dicha dimensión implica el reconocimiento de la trans-formación del sujeto y su mundo, “podríamos decir que, de manera profunda o superficial, a partir de la experiencia educativa, en un punto o en alguna región de su constitución, el sujeto se transforma en otro, es puesto en otro lugar, reubicado en su biografía” (Saur, 2016, p.25); por lo anterior, hacer experiencia se articula con una de las finalidades de la formación, asumiéndola como un conjunto de procesos que trascienden recíprocamente en la historia vivida del sí mismo y los otros; en otras palabras “la formación es entendida como el conjunto de posibilidades de ser. Este ser a donde arribamos constantemente, nos acompaña en la travesía por el mundo, nos impulsa a pensar en el devenir” (García, 2007, p.39).

La transformación del sujeto como una de las finalidades de los procesos formativos implica el reconocimiento de los tiempos y espacios de la formación; la temporalidad en la formación va más allá de un tiempo lineal, se trata de tiempos otros que marchan a distintos ritmos, en donde los cruces de tiempo se fusionan en el acontecer y constituyen tramas que orientan distintos entendimientos de la realidad; cada sujeto da cuenta de un tiempo distinto, unos a la espera de lo que ha de llegar, otros en busca de eso que hay que conquistar; por otro lado, la dimensión espacial en la formación implica el reconocimiento de los espacios otros en los que el sujeto habita de distintas formas, en el habitar está la posibilidad de construir; sin embargo, “no habitamos porque hemos construido, sino que construimos y hemos construido en la medida en que habitamos” (Heidegger, 2007, p.47).

En este orden de ideas, “el desafío consiste en co-construir espacios que permitan una experiencia del sentido y de la libertad, espacios que no estaban en otro sitio, ni resulten otra promesa dilatoria” (Baquero, 2004, p.173); esto supone que “hay que aprender a desarrollar otros modos de hacer escuela” (Dussel, 2020, p.22) y mirar a la formación como “un movimiento complejo de apropiación, distancia y creación. Un juego al que le es intrínseco el lenguaje, las palabras y la creación de sentidos, donde se pone en juego la experiencia, los saberes, las certezas y las vivencias de un sujeto” (Ramírez, 2006, p.3).

En relación con lo anterior, la experiencia da cuenta del advenimiento del sujeto en el mundo y se materializa en su transformación; por otro lado, la experiencia se articula con la formación, a partir de la experiencia de la formación el sujeto llega a ser lo que es; este punto es nombrado como principio de transformación.

Si le llamo «principio de transformación» es porque ese sujeto sensible, vulnerable y ex/puesto es un sujeto abierto a su propia transformación. O a la transformación de sus palabras, de sus ideas, de sus sentimientos, de sus representaciones, etc. de hecho, en la experiencia, el sujeto hace la experiencia de algo, pero sobre todo, hace la experiencia de su propia transformación. De ahí que la experiencia me forma y me transforma. De ahí la relación constitutiva entre la idea de experiencia y la idea de formación. De ahí que el resultado de la experiencia sea la formación o la transformación del sujeto de la experiencia. (Larrosa, 2009, pp.16-17)

La experiencia de la formación genera saberes en el sujeto, saberes de su mundo, de los tiempos y espacios habitados; en estricto sentido, la formación es un reencuentro del sujeto con aquello que constituye su propia dimensión humana; un reencuentro constante a nivel personal, histórico y cultural que posibilita una comprensión diferente de lo que acaece en el presente. En suma, la experiencia se reviste de acontecimientos, encuentros, desencuentros y reencuentros que posibilitan su conquista que se ve materializada en la transformación del mundo a partir del reconocimiento del presente, pasado y lo que está por venir.

Conclusiones

En reconocimiento del contexto actual será preciso seguir reflexionando sobre los procesos de formación, construir tramas argumentativas entendiendo que “la lucha contra el presente es también, y sobre todo, una lucha contra uno mismo. Para “llegar a ser lo que se es” hay que combatir al que ya se es” (Larrosa, 2003, p.123).

En relación con la primera dimensión de la experiencia educativa, es importante que en los procesos de formación se favorezcan y se dé apertura a encuentros en dónde los sujetos socialicen sus experiencias, las resignifiquen y las transformen; para ello, será preciso entender a los encuentros como unos de los múltiples medios para hacer emerger acontecimientos formativos. Sobre la segunda dimensión, hacer experiencia, implica generar mecanismos en donde se interpele al sujeto sobre su papel que tiene en relación con sus procesos formativos. Finalmente, en relación con la experiencia-transformación, será oportuno entender que “educar es abrir senderos de conocimiento, experiencia y trabajo en mundos preconstituidos, aunque nunca cerrados” (Gagliano, 2006, p.42). Esto hace evidente que la formación implica volver la mirada hacia el reconocimiento del otro, la educación es un acto orientado a la transformación de los horizontes del sujeto y su mundo.

En suma, la relevancia de lo discurrido anteriormente estriba en reconocer el papel que tiene la experiencia en articulación con los procesos de formación, entendiendo que “la “formación” entonces no es eso que viene encapsulado en cursos, sino procesos mucho más amplios de aprender a mirar el mundo de cierta forma, de tener ciertos recursos a mano” (Dussel, 2020, pp.23-24).

Referencias

- Baquero, R. (2004). Sobre la experiencia educativa y el agotamiento de lo escolar. En G. Frigerio y G. Diker (Comps.), *La transmisión en las sociedades, las instituciones y los sujetos. Un concepto de la educación en acción* (pp. 165-173). Buenos Aires: Editorial Novedades Educativas.
- Bárcena, F. (2000) *La educación como acontecimiento ético: natalidad, narración y hospitalidad*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Bárcena, F. (2002). Educación y experiencia en el aprendizaje de lo nuevo. *Revista española de pedagogía*. 60(223), 501-520.
- Bárcena, F. (2010). Entre generaciones. La experiencia de la transmisión en el relato testimonial. *Profesorado*, 14(3), 33-47.
- Castiblanco, I. (2017) ¿Quién es el otro? [un secreto]. *Saberes y prácticas. Revista de Filosofía y Educación*. 2, 1-10.
- Deleuze, G. (1989). *El pliegue: Leibniz y el barroco* (Trad. J. Vázquez y U. Larraceleta). Barcelona: Editorial Paidós.
- Duch, L. (2008). Estructuras míticas e historia. En L. Duch, M. Lavaniegos, M. Capdevila y B. Solares. (Ed.). *Antropología simbólica y corporiedad cotidiana* (pp. 187-201) México: UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Dussel, I. (2020). La formación docente y los desafíos de la pandemia. *Revista EFI · DGES*, 6(10), 11-25.
- Gagliano, R. (2006). Cabalgatas filosóficas por la llanura pedagógica. *Anales de la educación común*. (3), 42-47.

- García, M. D. (2007). *Formación. Concepto vitalizado por Gadamer*. México: Castellanos Editores.
- Heidegger, M. (1987). *De camino al habla* (Trad. Y. Zimmermann). España: Serbal.
- Heidegger, M. (2007). *La pregunta por la técnica (y otros textos)*. (Trad. E. Barjau). Barcelona: Folio.
- Hesse, H. (2009). *La ruta interior*. México: Época.
- Larrosa, J. (2003). *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Larrosa, J. (2009). Experiencia y alteridad en educación. En J. Larrosa y C. Skliar. (Comps.). *Experiencia y alteridad en educación* (pp. 13-44). Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Mier, R. (2010). Umbrales y ámbitos de la experiencia del tiempo: sujeto e interacción. *Tramas*. (33), 11-41.
- Ramírez, B. (2006). *La formación: tiempo, espacio y creación*. México: UAM.
- Saur, D. (2016). Lo educativo más allá de la escuela. Experiencia educativa y subjetividad. En Z. Navarrete y J. I. Loyola (Coords.). *Formación de Sujetos. Reformas, Políticas y Movimientos Sociales* (pp. 21-34). México: Plaza y Valdés.